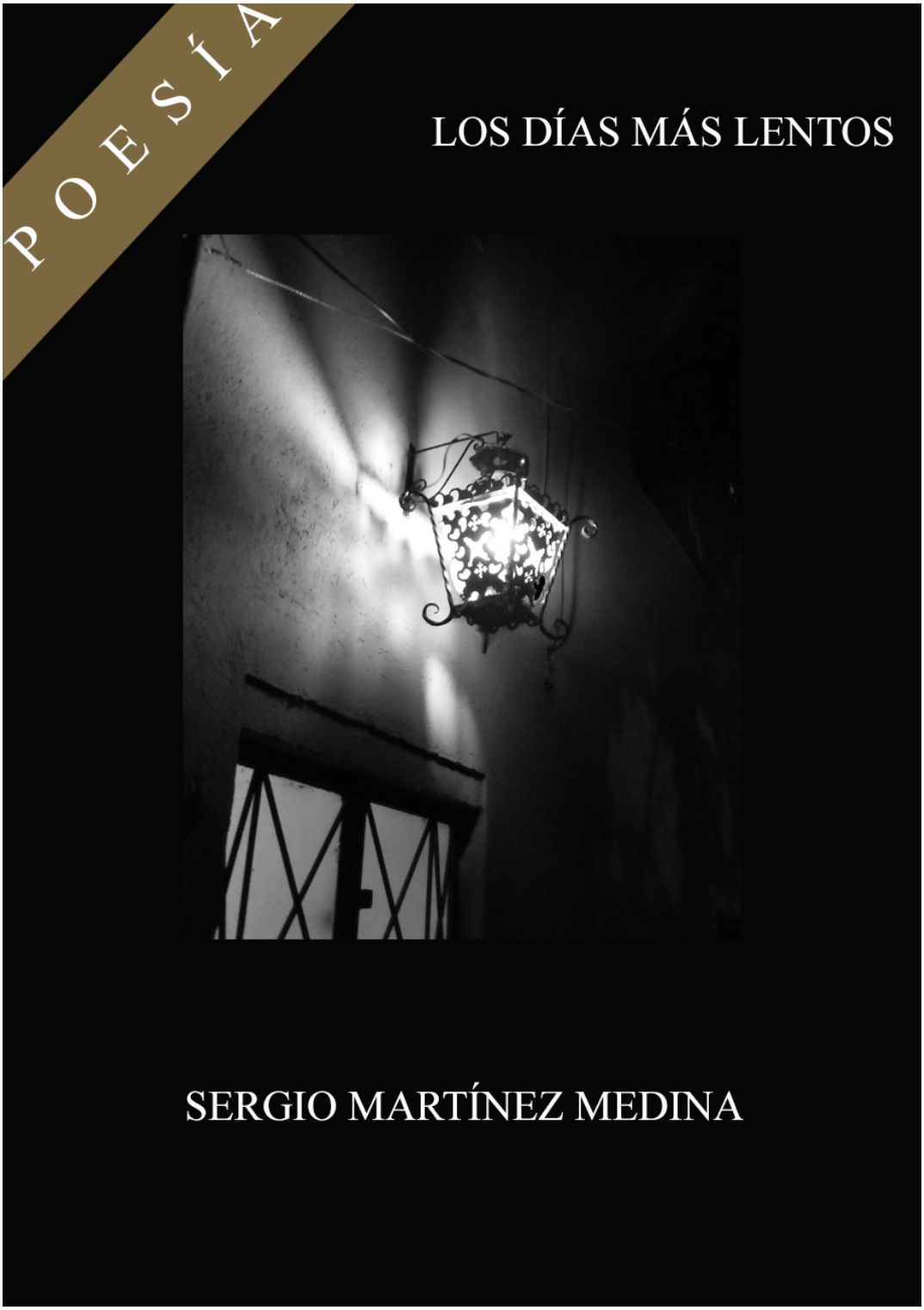
# Poesía - Los Días más Lentos - Poemario

Sergio Martínez Medina



# Capítulo 1

Martes 1

Yo no sé dormir en los camiones

ni se me da el oficio de velador.

No le tengo paciencia a las multitudes

ni sé hablar de mí ni de mis cosas.

Es como si el fantasma que soy

se me hubiera ido del cuerpo

y me hubiera dejado la lengua llena de nombres,

fechas

y un montón de muertes que no le interesan a nadie.

Creo, de veras, que puedo arreglarme si me voy a otro lado,

con otra gente,

a un cielo que no me reconozca de noche;

como si pudiera unirme

con la parte de mí que se quedó en el andén

y que lleva ocho años de maletas,

de llantos,

y me condujera a la estación de aquí nada pasó,

me tomara las manos

y me borrara las cicatrices del perro,

de la espada,

y del ya sé cómo se tejen los sueños.

Que se llevara mi poco alemán,

mis pocas ilusiones,

y las arrojara a cualquier asiento

así, sin nombre ni dueño,

y me dejara solamente una foto

de un viaje que no quería hacer

a una ciudad que no me importa.

# Capítulo 2

Miércoles 2

Las arrugas en mi frente se parecen,

cada día más,

al camino regado entre Puebla y esto.

Me pregunto si será posible

no dejar el corazón dormido entre los volcanes;

me pregunto si las lluvias

llueven igual ahora que como las recuerdo

y si el mole y las chalupas sabrán mejor ahora,

ocho años después.

Me pregunto si aún brilla igual la talavera

y si laten igual sus calles;

si aún están de pie y llenan el alma

con el frío que se muere de frío

y se abriga en los huesos.

Tal vez no lo parezca, pero ocho años todo lo mudan;

se  despierta de todo sueño;

se pueden llenar o no de polillas las cosas.

Se puede decidir, cada día,

durante ocho años,

pensar lo mismo,

estancarse,

mirar un tiempo de oro cada día más lejano

y añorarlo con la fuerza creciente de un ojalá,

de un bolsillo vacío y las ganas llenas.

# Capítulo 3

Jueves 3

Dios mío.

Dios mío.

Dios mío.

Dios mío.

Dios mío.

Dios mío.

Dios mío.

Dios mío.

# Capítulo 4

Viernes 4

La gente de hoy es una copa de vino

que se va vaciando sorbo a sorbo;

los amigos de otros días,

de risas añejas,

duelen menos,

cada vez menos,

hasta no doler.

A veces llega el recuerdo

de un amor antiguo

que, de lejano,

no es amor ya,

sino una niebla, a medias,

de los días más claros.

# Capítulo 5

Sábado 5

Estas muchas horas no me han pasado en vano.
Quién diría que no volvería a leerte mis libros,

mis estrellas,

ni a decirte cuánto me molesta o no el sol.

Al final es verdad

que cada quien habla de cómo le va en la feria

y a veces también es verdad
que la vida es una broma pesada

de la que nadie se ríe

o el apodo que todos, menos uno, conoce.

Me han llegado las horas de irme a volar de veras,

de echar mis huesos al mundo,

al cementerio de la vida a la que nunca llegué.

Quede en mi olvido tu nombre secreto

y en mis penas quede ese último abrazo

que fue de amor

y que también fue de espuma.

# Capítulo 6

Domingo 6

Te me moriste.

Llevo en duelo la noche

como armadura.

# Capítulo 7

Lunes 7

No tienes idea de cómo me duele la lengua

la aguja de cristal de las soledades

que abrió en el mundo tu muerte.

No hay aquí quien escuche mis lamentos como tú

o que sepa cómo es que esta promesa de tierra

se volvió un nido de calor y de hastío.

Te me adelantaste.

Te hicieron clavado a mí

y ahora te lloro de lejos,

de tan lejos,

como un lento rumor de montañas.

Que te lloren también Troya y Roma.

Que te lloren el huracán, la serpiente y las plumas;

las murallas en ruinas de toda la tierra.

Que te lloren,

con su voz sin sonido,

los pájaros extintos.

Yo te lloro y el dolor me ha reventado como a una crisálida.

Yo te lloro con un llanto que no tiene muerte,

con los días que ya pasaron

y con los días que me queden;

con un llanto que no tiene principio

y que te acompañará por el resto de las eras.

# Capítulo 8

Martes 8

Sucede que nos cansamos,

que siempre habrá que dar un paso más,

que siempre buscamos ir hacia arriba,

arriba,

como una llama sin fin y sin sustento.

Sucede que, a veces,

no sale la sonrisa sino como un recuerdo

de un tiempo de nombre lejano

y apellido incierto;

como si quisiéramos ponerle un velo al llanto.

Sucede que, a veces, leemos mal una letra

y leemos mar en vez de amar

y no sabemos si somos olas o no;

si toda la furia de las olas

hace eco y se toca con otras olas;

si crece la marea o no,

y nos crece el amor como una duda

y acabamos por susurrar aquel nombre secreto

que maldice cada uno, cada noche, a solas.

# Capítulo 9

Miércoles 9

En las ruinas de mí, entre el escombro,

cansado de rezar y de mudarme;

cansado, en fin, de mi violencia;

de mi huida de árbol sin raíz,

sin voz y sin memoria;

de árbol al que no le interesa hablar

ni de la voz que suena en él, ni de las olas,

ni si el viento sopla fuerte o si apenas sopla;

al que no le interesa la vida

ni los días que arrastra,

ni si en las ramas se le cuelgan los muertos

y le llenan la boca de amargura.

No me interesa si hace sombra el árbol de mi vida

ni los dioses del mundo,

ni sus mitos,

ni las diez mil lenguas que no sé,

ni las hojas, ni el tiempo,

ni las canciones en francés, ni las víctimas del mundo,

ni si tengo trabajo o no.

Sólo sé que estoy cansado y que la vida sigue goteando

como una estampida de toros o elefantes

que se oye comenzar y no se agota.

# Capítulo 10

Jueves 10

Cómo quisiera ser pájaro
para volar al sol sin peligrar las alas
o ser gaviota para cortar el mar con plumas de agua
y dejar una marca, aunque breve,

sobre la grandeza de su rostro.

Cómo quisiera ser colibrí
y contarle historias de amor al nuevo día
y bañarme las alas
entre las aguas claras de los enamorados.

A veces desearía ser noche
para bajar a tu frente
y besarte los párpados

y despertar las luciérnagas del mundo.

A veces quisiera también ser sombra
para esconderme en tu ropa,
en el tomarse las manos,
en la mitad de tu rostro que oculta el abrazo.

Sin embargo soy sólo otra ola

en una región sin nombre,
una taza de mar sin mar alguno;
un café tan amargo

que se prueba una vez

y no tiene más remedio que terminar ahogado.

# Capítulo 11

Sábado 11

Todo lo que existe es necesario, dicen,
y dicen también que vivimos en la mejor tierra,
bajo el mejor sol,
en los mejores climas y los mejores años.

Yo digo que los hombres sí podrían ser mejores hombres,
los pájaros mejores pájaros
y los vientos no doler.
Que el frío no debería sentirse en las rodillas
ni en las heridas de antes.

Que podría vivir en otro lado,
como en el techo de un barco,
en el aire que entra a la bolsa de pan,
en las hojas de un libro
que se presta una pareja.
No estaría mal compartirse
y llenarse de amor,
de notas y dibujos;
de un beso en la frente

y de hasta mañanas.

Todo lo que existe es necesario, dicen,

y me pregunto a quién le sirve esto,

estas manos,

estos alambres,

estas piedras sin engarce ni forma

de una joyería a medias

que nunca dijo lo que quiso decir.

# Capítulo 12

Sábado 12

Me he arrancado el árbol de los recuerdos

y su ausencia me duele más por el recuerdo del recuerdo

que por su ausencia de veras.

# Capítulo 13

Domingo 13

He pensado en colgarle mi muerte

a las manos de la orilla del vacío

y forzar la bala de “adiós”

a salir de la recámara del estrépito y la furia.

Todos los días estoy más solo,

irrevocablemente solo

y oliendo a café amargo.

A veces no sé ya si alguien espera a que yo le pase,

o si nos esperamos a la vez,

y quizá miramos los dos a la misma esquina,

al mismo tiempo,

y nos cansamos de la espera sin cruzar la calle.

A veces imagino que esperamos a las golondrinas,

que el invierno deshiele sus sábanas,

que hablamos de las estrellas,

de nuestra gente y nuestras comidas,

y de cómo será o no posible

que veamos caminar, en nuestro tiempo,

a los mamuts de antaño.

Suelo despertar de noche

buscando un nombre para esto que me mata;

para este suicido de a diario

que no tiene límite.

# Capítulo 14

Lunes 14

Arde la tierra, y entre sus llamas negras

por dentro llueve el olivo del cielo;

del cielo a la tierra escurre el viento

que inunda y cubre mis pasos

con un temblor de arena.

Un beso en silencio acaricia con sus dedos de agua

y ella canta a lo lejos

con sus labios de seda,

con su cuello de ondas del mar,

con sus senos de cien besos de pezón a pezón.

No lloro ya sino en el más profundo silencio.

No se me quiebra ya la voz

sino cuando la entibia la llama de tu nombre,

tu nombre de luna, de las estrellas lejanas;

tu nombre de tantos y tantos siglos atrás;

tu nombre tan de flor de campo,

tan de espejo de humo,

remachado en mí, en mi espalda de hierro,

en mis piernas y en mis brazos de arena.
Y es que qué es el fuego después de ti
sino una gota de hielo con rostro de sol.

Estoy perdido en una cueva a la que no han tocado los siglos
y ha nevado tanto,
tanto, que ya no recuerdo el color del tiempo.
Mis manos se atoran entre horas de sal.
Creo que se han movido un milímetro
las agujas del mundo.

He aquí un puñado de mis horas oscuras.
he aquí mis manos heridas de espada y cuchillos;
he aquí mi pecho que ruge de furia y orgullo.
La noche de los fantasmas va creciendo
y se deshilan las estrellas en una gota de eternidad.
El mar se eleva de la noche al abismo
y sube una lágrima de la tierra al cielo.

Las perlas de mis ojos se han ennegrecido
en las noches desiertas
y mi lengua recuerda apenas el tacto del vino de frutas.

# Capítulo 15

Martes 15

El mar ante mis ojos fue regado
sobre la arena de un dolor sin playa;

se extiende al horizonte y nunca encalla;

al cielo sube y pronto me es llorado.

Junté mis fuerzas y las di en el nado;

ola tras ola comprendí mi falla;

maldije la hora en que la calma calla;

me rendí a mi impotencia y a mi enfado.

Me arrastró la tormenta siete veces

y en una de ellas me rompió los dedos;

la piel me escoce y de ella sangre mana.

En la espuma del mar olí los peces;

tragué la sal más dura y más humana;

oí soltarse mis amarres quedos.

# Capítulo 16

Miércoles 16

Para Lillian von der Walde Moheno

En espiral de mí, en una idea

que crece y crece de sí misma;

en un camino igual pero más grande

que lleva siempre al mismo sitio;

en una ciudad de muros, lama y rocas grises;

En una vida de no ver más allá del suelo

a tres veces de lo mismo, lo mismo,  lo mismo a cada paso;

a cada caer de hojas;

a cada mirada en silencio;

a cada batir de alas, cada perro;
a cada hablar de ti;

a cada morirme al hablar de ti;

a estos veintitantos años de no saber qué soy yo;

de amar las estrellas y no saber para qué,

de no saber de qué sirve tanta tormenta
y tanto desespero.

En este asedio constante de mí;

en esta mucha conciencia que me dobla las manos

y sube en humo a mis ojos;

en esta muerte que me pasa por encima

una y otra vez.

Una y otra vez.

Y este grito de miedo.

# Capítulo 17

Jueves 17

Qué puedo decirte que no sea

hola, cómo estás,

me llamo Sergio y conozco de cerca el sol.

Tal vez tu mundo esté limpio,

demasiado tuyo,

y no necesitas oír

las historias que susurran las estrellas.

Tal vez ya está toda la vida del planeta

en tus aretes de flor,

en tu bufanda arcoíris,

en tu sonrisa de qué bonita es la vida.

Ojalá que sepas

que alguien, algún día,

revisó su teléfono y deseó tenerte ahí,

en la lista de nombres que son su mundo,

en sus muchas horas de ojalá estuvieras aquí

y ojalá fueran tus manos.

Y tal vez entonces la tierra temblaría

como me tiemblan las palabras

cuando te digo gracias, así está bien,

la cuenta por favor y adiós.

Ojalá que sepas, Claudia,

que tras un tal vez mañana

vengo por otra taza de café

en realidad hay un ojalá salgamos;

ese día sabrás

que se me habrán reventado los nervios

pues todo espero menos un sí,

el viernes descanso,

si quieres nos vamos a platicar a algún lado.

Y qué bonito es tu mundo, Sergio,

y quiero saber más de las estrellas,

de las noches en que se ve a los Reyes Magos,

de los tipos de beso que alargan la vida.

Pero bueno, ojalá coincidamos, digo,

como queriendo que entiendas

que quiero hablarte

de los árboles, de tus aretes de flor,

de las cosas pueden contarme tus ojos negros.

Bueno,

pues ojalá coincidamos.

# Capítulo 18

Viernes 18

Para A.E. Quintero

Me ha amanecido tan lento el mundo
que llegué tarde a la parte que me toca de mí,
de mi cuerpo,
de los veinte o treinta besos que te tocan de niño.

He llegado a mi otoño
y se me han ido olvidando una a una
las canciones que traje en las manos;
las muchas hojas que llevaron mi nombre.

Ahora soy el camino
sobre el que cuelga un farol
que se fundió hace mucho,
mucho tiempo.
Soy el camino por el que pasan
todas las estrellas del invierno,
y ahora que me veo carne a carne

y sangre a sangre,

me doy cuenta de que soy unos gramos menos;

que la noche de veras me ha roto los nervios

y que se me han llenado los sueños

de las noches nubladas

en las que se escapan las luciérnagas.

# Capítulo 19

Sábado 19

Cuando decimos que al rato nos vemos

existe una fe ciega,

una certeza de que todo estará bien

y que las condiciones de los minutos que vienen

no nos darán la muerte a puños,

ni habrá perro que nos ataque y luego regalen

ni croquetas que sobren

y se hagan añejas

en la esquina de la casa en la que vivió.

Hay, desde luego,

una angustia en cada partida,

en cada despedirse,

y cada al rato puede transformarse en mañana,

en tal vez,

en mejor ya no.

Es entonces que se hace más fácil decir

hasta nunca

y sorprenderse;

como si volvernos a ver fuera la mayor sorpresa de todas.

# Capítulo 20

Domingo 20

Cuando alguien entiende, como yo,
que el dolor es algo que se lleva puesto
entre la piel y los huesos
no basta con repetirse que te aman
porque todo te devuelve al paso lento,
al no sirvo y no me creo
y olvidarse de cómo se mueve el fuego,
de las estrellas de noche,
de la chica del café.

Cuando uno entiende que su tristeza es crónica
no puede evitar reír más alto y más agudo,
como buscando perforar la oscuridad de dentro;
como si eso bastara
para sacudírsela y mirar de frente
como me imagino que hacen los niños
y los maestros que sí saben de lo que hablan.

La cosa no es si, sino cuándo
me morderán los ánimos las nubes.

A veces me pasa cuando me estoy bañando

o en uno de esos tantos días

de dolerme las manos.

Hay quienes me han dicho

que la cosa está en dejar de llorar,

de quejarse,

de romperse en olas frente al mar del tiempo.

Suelo echarme en cara

que a mi edad ya debería saber más,

saber mejor cómo son todas estas cosas

y que cómo es posible que aún me envejezca así.

La cuestión no es si, sino cuándo

me voy a volver una mancha.

Cuánto voy a tardar en escurrirme.

En vaciarme de mí.

En llenarme de dudas.

# Capítulo 21

Lunes 21

Caen en la noche las sílabas de mi nombre

y esperan con entusiasmo

las líneas que dibujan la espada del cielo.

Me he unido al mar en una nada
que se extiende de polo a polo.

Siento en las tripas

removerse la arena de una memoria

de un tiempo en el que me ungí

de muertes ajenas

y lloré un dolor que no me correspondía;

un dolor que no reconozco,

que no sabe lamer mis grietas

y que no proyecta la sombra exacta de tu nombre.

Son todas las cenizas de un color

pero la mía lleva,

inexorablemente,

el peso muerto de un meteoro.

Será por eso que no entiendo lo que es volar

ni lo que la gente dice

cuando dice que va a esparcirse por el mundo.

Quizá se refieren a desaparecer,

a regar sus tristezas en otro lado;

a volverse pájaros e irse con la brisa

y extender las alas

aunque se pierdan las plumas.

Anhelo una palabra con la que pueda decirles

que con gusto me iría con ellos;

que con gusto dejaría

esta costumbre añeja

de guardagujas;

de guardabosques;

de guardamores que no me tocan.

Que quiero extender mis alas

junto a sus parvadas de luz,

así,

con las plumas que tenga,

y volar este último vuelo a cada instante

sin llanto,

ni amargura

o desespero.

# Capítulo 22

Martes 22

Desmayarse, atreverse a dar los buenos días, a amar;

buenos días, amor;
buenos días a mar, la furia;

buenos días a quien que no conoce el color de mi tuétano.

La marea de sombras sube y sube
y no hay punto de quiebra

sino una rama

y el mar, amor,
y las muchas arañas que llevo encima
pronto tendrán que acomodarse la cara.

Canta mis pasos un lento coro de ballenas
que me des-escribe desesperado.
Se ha llenado el mar

y camina detrás de mis huellas,
le mojamos los pies a las galaxias
y las llenamos un poco de inconciencia.

Ten cuidado con lo que deseas
petrificado, mortal, liberal, esquivo,

¿Cuáles son las formas
en las que el cielo cabe en el infierno?
El infierno es des-esperar

todos los días

otra taza de café.

La locura me rompe los besos
y hay una antorcha en su cara
que marea y se apaga

y brilla todos los colores de la primavera.

Yo seré el único que estaré conmigo
verdugo de mí mismo a mis deshoras,
y veré los buenos días con mi hocico de perro,
por el resto de mi vida,
en mis escombros,
cansado de rezar y de inundarme;
cansado de mi huida

de pájaro

que escapa de la lluvia

como si fuera una flor de piedra.

Las montañas en el fin del mundo
protegen a un errante de gas
que flota en la galaxia

y que ha agotado sus últimos amores.

Ahora ríe sin memoria desde su trono de agua.

Esto es el mar de una región que tal vez fue de amor

y no se acuerda.

Esto es el mar. Quien lo probó lo sabe.

# Capítulo 23

Miércoles 23

Soy un muerto que no sabe que el camión que esperaba ya pasó;

que sus caminos y montes

son ya montes y caminos y ya no suyos

y que ya no es hace uno,

cinco,

veinte años.

El mundo se quedó atrás

hace cien mil kilómetros;

no volverá a ser mañana

o no con el mismo sol;

nadie llama ya mi nombre de veinte años de frío.

Aquí sigo, muerto de pie,

como mueren los veladores,

con las manos puestas en la caseta de cobro;

con el alma en suspenso

y con ojos de quizá mañana.

# Capítulo 24

Jueves 24

Nunca olvidaré que fuiste tú la que se acercó

y me dijo,

con la sonrisa brillando del alma afuera,

gracias por la carta,

estaba muy bonita,

y sí quiero que me cuentes las cosas

que se susurran de noche

las estrellas de los reyes magos.

Y no importa que tiembles, ves,

yo también tiemblo,

y ahorita te traigo tu café.

Por un día he sabido

la dicha que es verte de cerca

y eso basta.

# Capítulo 25

Viernes 25

Creo en secreto en una dicha

que esté libre de tierra y piedras

y que cubre todo

en la hora misma del crepúsculo.

Creo en ella no como en un fantasma

sino con la certeza del que tuvo oro en sus manos

y que le fue arrebatado violentamente.

# Capítulo 26

Sábado 26

Hoy vinieron a pedirme un libro.

La primera vez que lo leí tenía 6 años

y tal vez la misma ilusión de aquel niño

que se llevaba, sonriendo,

las veinte mil leguas de viaje submarino.

# Capítulo 27

Domingo 27

Conozco demasiado bien y demasiado largo el dolor,
pero aún no ha llegado a las veinte mil leguas.
Porque aún tengo que romperme otra vez.
Porque aún espero el frío
de la noche de invierno
en la que, estoy seguro,
vendrán a visitarme los reyes magos.

Aún creo que, ante una tempestad como la mía,
existe el puerto seguro de una sonrisa.
Aún creo que veré a mis hijos
preguntarme qué significan
los dragones de madera
que llegaron al mundo
en las manos tremendas de los hombres.

Y les contaré entonces cómo fue que conocieron el mar
y cómo recorrieron el sendero de las ballenas,
y cómo es que el sol sale igual
para todos los pueblos.

¿Y por qué el mundo es así papá?

Y no sabré qué decirle

que no sea algo de los árboles;

de cómo es que ellos también se duelen y también crecen

y cómo es que esperan a las luciérnagas

para llenarse de luz

y abrir el tronco a la primavera.

Lástima que  cada vez son menos estos días

y que éstos, tan bellos, duren apenas un segundo.

# Capítulo 28

Lunes 28

Algún día de éstos me pegaré un balazo en la pierna

a ver si así me dan ganas de moverme,

de despertar distinto,

de despertar con más vida en cada dedo.

A ver si así dejo de ser cristal opaco

y si así se pintan de rojo mis soles y mis días.

Algún día lo haré

pero hoy no tengo ganas.

Hoy es día de estar echado boca arriba

y ver cómo las grietas se hacen más grietas

y cómo el techo sigue igual

y la cama no se tiende por arte de magia.

Tal vez mañana salgo

pero hoy no.

Hoy sólo tengo ganas de dejar ir el día;

no de morir; sólo de no vivir hoy.

Vivir sin conciencia ni mente de mí unas horas,

apagar todo este estruendo que pienso

y que es como estar parado

frente a un batallón de fusilamiento.

# Capítulo 29

Martes 29

La gente habla de la locura
como se habla en las novelas de amor.
La gente se mira al espejo y se ríe
y se dice a sí misma
que eso es algo que no pasa;
que eso es algo que se quedó en los libros;
que alguien real no está, no puede estar, loco
y que sólo necesita hablar
y sacar lo que lleva dentro.

Que debería pensar en los años que vienen.

Eso es algo que no puedo hacer.

El invierno presente es igual al invierno anterior

porque no hay cara que lo haga diferente.

Siempre es la misma.

Siempre es la misma

y no hay hora que no se mire al mundo

balanceado entre clavos

o saliendo de la gruta

en la que ríen, cubiertos de sangre,

la liebre y el lobo.

Se necesita un nervio muy especial

para mirar la locura de frente

y darse cuenta que es ésta

y no tú

la que le oxida el rostro a los sueños;

que la locura de veras

tiene el poder de volverte solo,

de mirar cosas que no están,

que no hablan ni tocan,

y de saber que esto que pasa no es normal.

La locura de veras te rompe el cuello,

te llena de espejos las manos

y te hace mirarle en las flores,

en los cuadros del piso,

en los breves parpadeos de cada día.

La locura de veras es un autobús y una prisión.

Es tu doctor.

Es tu transformador.

Es el hacedor de galaxias

que gritan y rugen,

y de la conciencia pétrea

de que se irán apagando.

# Capítulo 30

Miércoles 30

Hay días tan lentos,

tan largos,

tan sin chiste,

que sería mejor que se murieran de una jodida vez

y no vinieran aquí a estirarme la cara,

el ánimo,

y todas las cosas que puedo estirarme solo.

Sólo digo que no estaría mal que se fueran

y no se me juntaran aquí,

donde van los sesos,

y afirmaran en coro que he vivido.

Que esto, contar cada segundo que amontonan mis huesos,

es sólo una forma triste de sobrellevarme,

de sobrevivir,

a secas,

como si se tapara el arenero

en luto perpetuo de la hora que viene.

Hay días tan largos

que parece que alguien leyera,

alfabéticamente, sin sentido,

y entre breves pausas,

todos los nombres de toda la historia.

Que son estos días de nada

en los que no puede evitarse dormir,

dormir,

y despertar apenas diez minutos después

y darnos cuenta de que aún sonríe

de aguja a aguja

el reloj del hastío.

En estos días de plomo se puede contar la arena pero ¿para qué?

Para cuando termine el día ya lo habremos olvidado.

# Capítulo 31

Jueves 30 y 1

Me desmayo.

Me atrevo.

Estoy furioso Dios mío.

Me duelen las piernas y las manos

y las raíces que quedan de un árbol

que algún día arranqué

y que echó sus anclas

en cada otoño,

en cada luciérnaga que se paró sobre mí.

Hoy no soporto las calles que conocen tu voz,

tu paso,

tu sonrisa de qué bonita es la vida.

Hoy estás bien allá,

alejada de este café de las seis de la tarde;

alejada de cada morirme al hablar de ti.

A cada minuto

imagino que eres tú la mesera

que se acerca a preguntarme

si no me falta nada;

y reviento por decirle que sí, que tú,

y que te conocí en este Aguascalientes que,

hasta hace poco,

no me importaba.

No es que esté loco.

Es sólo que conozco demasiado bien

y demasiado largo el dolor

y que ni éste me arrancó del todo la sonrisa;

no puedo evitar sonreír

y buscar tu nombre en los libros viejos,

en las mesas que ha rayado la gente

y creer que sí, que ahí estuviste,

y que juegas conmigo a las escondidas.

Quizá sea

que hace meses que no doy un abrazo;

creerás que estoy desesperado

hablándote así, como si nos conociéramos,

como si te importara,

como viendo a través de una soledad de acero.

Sí, quizá, y quizá también te importe.

Tal vez te preguntes ahorita

por qué no fui este jueves

como cada jueves desde hace cuatro semanas.

Es sólo que me muero de frío.

Es sólo que no sé qué me pasa

que ha brotado nieve sobre la boca

y que me duele

y que no puedo hablar.

Es sólo mis hermanas ausentes.

Es sólo que he vuelto a una noche sin sueño,

a mis monstruos,

a mis sombras de día,

y que todo pesa más

cuando se tiene una conciencia de piedra.

Todo tiende a ir al fondo,

como en estampida,

como si se despeñara una tonelada de ideas

y el infinito alcanzara a tocar

la oscuridad detrás de los ojos.

Quizá sea sólo que me duele el camino
del cerebro a las manos
porque se me reventaron los nervios
cuando te pregunté cómo te llamas.

Temo a diciembre como a una tormenta
y como temo el sí, mañana nos vemos,
que tengas bonita noche;
como me imagino han de temer las estaciones
la llegada de lo que sigue,
de lo inevitable, que es acabarse,
y dar paso a otra cosa.

Temo que se acabe este flujo de no moverme
y mirarme al espejo
y darme cuenta de que he cambiado;
que las horas pasan
y se llevan consigo las cosas,
se hayan dicho o no,
se hayan hecho o no
y es que sí es más largo noviembre

cuando no se  sabe nada del otro;

cuando los días pasan sin conciencia

y se atoran uno tras otro

en el marco de la puerta,

como una silla que no cabe;

como una vida que es más grande

que todas sus entradas.

Quiero cargar en mis alas las maletas del andén

de aquí no pasó nada

y dejar esta esta muerte de a diario;

estos escombros y estos mares;

estos nombres que no puedo sino repetir.

Mañana será otro día.

Mañana será otro día.

Mañana será otro día y los pájaros de antaño

retomarán su vuelo

y vendrán las lluvias

y los campos brotarán

sus semillas dormidas.

Son estas horas mis horas más largas

y resulta que no traigo antorchas para cada una

ni un collar

sino multitudes de balas, miedos,

heridas profundas

y de sueños que se recuerdan a medio despertar.

Y es que ahora sí se me acaba el silencio

y no sé de qué hablar sino de estrellas,

siempre de las estrellas,

como me imagino hablará el guerrero

de su espada,

de sus ojos de tanto ver la muerte,

de su armadura,

de sus hazañas,

de cómo sanará la lengua

al bañarse entre las frutas del vino;

entre el olor de los dátiles

y de todas las perlas que brota el desierto.

Sólo tu nombre me salva del miedo.

Lo repito cuando camino solo,

cuando se hace de noche.

Cuando estoy frente al mar.

Quiero hablarte del mundo,
niña,
y no de esto.

A veces también es verdad que me río
y volteo a la misma esquina donde te vi,
hace ya un mes,
y me imagino una vida contigo
esperando a que regresen las golondrinas;
que las estrellas aparezcan iguales otra vez
en el puerto seguro de tu sonrisa.
Tal vez entonces arderá el fuego
que proyecte las sombras exactas de tu nombre
y se llenen las horas
de esa gota dichosa de crepúsculo
y quizá entonces
este montón de muertes no nos importarán ya.

A veces quisiera ser pájaro
y volar lejos de esta espiral;

llevarme tu nombre en mis alas y en mis plumas

y dárselo a conocer a mis volcanes,

a mis bosques,

a la región de tierra donde nací.

Quiero hablarte del fuego,

de cómo crecen los árboles,

de cómo le puedes hacer

para navegar el mundo

en las noches de lluvia;

quiero decirte qué es el mar

y qué hay al fondo de tus ojos negros;

seguir la línea de tu cabello

y ver si llega hasta hacerse de noche.

Y es que ahora sí quiero saber,

si esto es vivir,

en qué día vivo

porque tal vez hace tres días cumpliste años

y eso es algo que sí me importa;

al menos, es algo que sí me importaría,

pues será que has dejado

un año de ti al mundo;

no es que seas más grande, digo,

sino que el mundo es un año más tú

y que ha tomado,

sin pedirte permiso,

tus manos un año,

tus risas y tu voz de un año

y se las ha llevado consigo

como se han llevado un año de ti tus amigos,

la gente a la que abrazas

y los lugares a los que vas.

Hay quienes dicen que ésta es la mejor versión del mundo;

que todo lo dicho,

todo lo hecho,

todos los barcos

y toda la gente a la que le has sonreído

es la mejor versión del mundo.

En los instantes en que te veo

puedo creer que sí,

que todo es como debería ser;

que las calles que reparan

son sólo una excusa

para que se junten viejos amigos

y que el invierno es la excusa perfecta

para entrar en calor;

para esperar, de la mano de la vida,

la llegada de la primavera.

Quiero hablarte de la parte del mundo

en la que crece la dicha

y en la que es posible

esperar a los reyes magos

y dejar de repetir la canción de la muerte

que nos ha caído encima

y que nos hiela de no se puede hacer nada más.

Quiero enseñarte otra canción

y cantarla contigo sobre el lomo de las ballenas.

Quiero enseñarte otra ruta

y volar lejos de estas cadenas de tierra.

Quiero enseñarte otra lengua

y pronunciar sus sílabas como un amuleto

y doblarle las manos a la guerra

con nuestro vuelo nuevo,

con nuestras nuevas palabras que la dejan fuera;

que no importará cuánto nos sitie

o qué tan fuerte asedie,

no pasará.

Lo que no tiene nombre no tiene realidad,

quitarle el nombre a la guerra no es ignorarla

sino diluirla

y dejar que se escurra y se evapore y se vaya de aquí.

Quitarle el nombre a la muerte no es engañarse,

sino volverse inmortal,

y vivir para siempre en las flores del campo,

en los muros de adobe,

en el brasero, el copal, la tortilla,

en las palabras que usan las gotas

para platicar con su pueblo de agua,

en la ceniza de los días que se han quedado atrás.

Quiero quitarle el nombre a tu muerte

para que vivas para siempre como un colibrí,

en el asombro del que mira la noche

y descubre por primera vez sus estrellas,

sus reyes magos,

su polo norte

y encalla en su brillo

con la certeza de que ha llegado a puerto amigo.

Quiero quitarle el nombre a tu muerte

para que, cuando llegue la hora,

podamos decir que huimos

y dejamos a la muerte con las manos vacías.

Mañana te invitaré a salir

y quiero creer que se romperá la espiral;

te veré como aquel niño que me pidió un libro

que yo leí hace mucho tiempo

y que sólo entonces recordé

como se recuerdan los juegos de antes,

la primera vez de una canción;

como recuerdo en la noche

tu bufanda arcoíris,

tu sonrisa de qué bonita es la vida.

Pronto terminará noviembre

y se fundirán las horas

de estos días tan lentos

con las horas nuevas de diciembre,

de otra esperanza,

de la aurora del año

que apenas asoma.

Será que en diciembre

las estrellas titilan de frío

y se enciende en el pecho

el calor de un hogar

o que es en invierno que se recuerda

que sí hemos sido niños

y que alguna vez también yo tallé

los rostros de los hombres

en un trozo de madera

y busqué, en la frontera entre el sol y los sueños,

las murallas de la cuidad del agua.

Sí, sí creo que en un día el mundo cambia.

Todo este mes ha valido la pena

por estas horas,

estos últimos minutos de noviembre.

Ahora mis palabras

suenan entre la voz del fuego

y hablo como hablan las llamas,

y ya viene diciembre,

y se acerca,

y no sé qué más decir

y aquí está.

# Capítulo 32

Viernes 1

Hay quienes tienen, por consuelo,

una bala, un canto,

una huida sin fin con virtud de tierra;

un mutismo,

un concreto final y un día y un nombre.

Otros tienen el sexo y la vida inseparables

y se ríen y se cogen y se sudan

y son viento que juega a tener alas de escarcha.

Otros beben el ron y las fechas.

El néctar de sus noches es un mareo,

una náusea,

un olvido que duda entre llevarse la vida o las horas eternas.

Otros más celebran que se apaguen las luces.

Celebran la palabra del otro

y se asombran de la mariposa en flor,

de las hojas en blanco,

de que nunca supieron cómo me llamaba.

Hay más, desde luego.

Los marineros. Los fotógrafos. Los trapecistas.

Los que aman de lado con un ojo puesto en otra parte.

Los que llevamos una espada, un coraje

y que llevamos la lucha entre el yelmo y el cráneo

trenzados a la muerte;

nosotros, cuyo único oficio, la melancolía,

tiene la forma y la medida de nuestras pisadas.

Esta noche susurro un nombre pesado,

un nombre que hace poco era una sonrisa,

un café, unas horas más cortas.

Los días, ahora, se van a marchas forzadas.

Basta.

Lo demás es silencio.